

cion decisiva, á pesar de jugar continuamente con el fuego revolucionario.

No se realizó ni la mencionada reunion magna de los príncipes alemanes ni menos la formacion de un ejército contra el emperador Carlos V; y hasta un político protestante tan notable como Jacobo Sturm combatió la idea de socorrer al ducado de Julich con las armas. El landgrave de Hesse era tan poco resuelto revolucionario que se jactó de contar en cambio de su neutralidad con las mercedes del emperador. En fin, los príncipes protestantes no se aliaron ni con el soberano de Julich, ni con el de Inglaterra; si bien culpaban de ello á este último, aunque muy injustamente, pues nada formal podía hacer Enrique VIII con aproximaciones indecisas y tímidas.

El emperador, entretanto, se fué acercando lentamente para vencer á sus contrarios uno tras otro; pero antes de tratar de la preparacion del gran golpe que se propuso dar al protestantismo aleman, debemos echar una mirada á la última manifestacion democrática de la reforma religiosa alemana, á saber: el movimiento anabaptista. Por mas que eran diferentes los orígenes y los fines que se propusieron el radicalismo reformista mas desencadenado y la política anabaptista republicana, ambos movimientos durante algun tiempo amenazaron complicar tanto al Norte de Alemania como á toda la Europa central en trastornos incalculables. El imperio, los Estados escandinavos, los Países-Bajos y hasta cierto punto tambien la Inglaterra, sintieron la formidable conmocion. Basta pensar en la marcha que hubiera tomado la reforma religiosa si los anabaptistas Juan de Leyden y Jorge Wullenwever hubiesen aparecido diez años antes cuando se hizo la revolucion agraria en el Mediodía de Alemania.

CAPITULO VI

LOS ANABAPTISTAS

La reforma religiosa alemana se habia presentado como un renacimiento del cristianismo primitivo; á la organizacion de la Iglesia visible consagrada por el tiempo, habia opuesto la libertad cristiana, mas antigua todavía, y contra la imposicion forzosa de la fe, habia proclamado el derecho del individuo á estudiar y profundizar la Sagrada Escritura. Verdad es que en el curso del movimiento los reformadores se vieron obligados á abandonar muchas veces sus ideales primitivos y á proceder al establecimiento de nuevas iglesias para obedecer á las exigencias del momento, á pesar de querer ellos mismos reemplazar el estado eclesiástico sólidamente organizado con la union de los corazones en una misma fe. Ya hemos indicado en diferentes pasajes por qué estas creaciones modernas, en una época profundamente conmovida en sentido religioso, no pudieron contentar á la masa del pueblo, é interesa no solamente á los apologistas sino tambien á los historiadores de la reforma religiosa la exhortacion de Nippold de no caer en el error de identificar el gran movimiento con el resultado dogmático-clerical de la fermentacion general, y de expulsar de consiguiente de la historia á los herejes anabaptistas. Seguramente no volverá hoy nadie á caer en el concepto, defectuoso por lo incompleto, de juzgar todo el radicalismo reformista del siglo XVI solo por las repugnantes y horribles manifestaciones de los anabaptistas suizos y de la Alemania del Nordeste. Estas manifestaciones groseras de un estado enfermizo social y religioso, y el odio irreconciliable con el cual desde un principio la religion católica romana y la Iglesia protestante combatieron á las sectas anabaptistas prueban que se trataba de un elemento vigoroso, vital y capaz de propagarse; pues aunque los llamados

anabaptistas fueron exterminados, ó poco menos, en Alemania y en los Países-Bajos, los gérmenes de esta idea produjeron mucho tiempo despues en Inglaterra abundantes frutos, y así como en otro tiempo la doctrina de Wiclef produjo sus efectos mas poderosos no en su patria sino léjos de ella, en Bohemia, del mismo modo resultó en Inglaterra del misticismo anabaptista el movimiento de los independientes. En un pequeño escrito del siglo XVII, cuyo autor se llama soldado de Cromwell, encontramos innegables recuerdos de la apocalíptica de los anabaptistas alemanes y de las profecías del abad Joaquin. Existen ideas que tienen una tenacidad indestructible y que se conservan ocultas durante muchas generaciones para despues reaparecer súbitamente con su primitiva fuerza, aunque en otra forma. Indudablemente volvió á resucitar entre los radicales de la reforma religiosa y entre los llamados anabaptistas el antiquísimo ideal ascético que está en el fondo del espíritu de la Edad media, y resucitó justamente para aprovechar la ocasion favorable de la revolucion eclesiástica y para deshacer la conciliacion reformadora entre el cristianismo y el mundo. Se podrá discutir si las formas que tomó este radicalismo reformista son consecuencias ordinarias de toda fermentacion religiosa ó si son efecto del derecho proclamado por Lutero de estudiar cada uno la Sagrada Escritura segun su criterio. Sin duda siempre han acompañado á las agitaciones religiosas ciertos síntomas, como por ejemplo la tendencia redoblada de ver en sucesos de la vida usual la intervencion directa de poderes superiores, y una tendencia contagiosa á caer en éxtasis; pero además de estas manifestaciones, que podemos llamar espontáneas, la excitacion religiosa de la época de la Reforma produjo muchos rasgos que nos inducen á creer que dieron fuerza al movimiento corrientes espirituales existentes desde largo tiempo y que á la sazón cobraron nueva vida. Ritschl supone que el movimiento anabaptista y el pietista nacieron de las órdenes mendicantes y especialmente de los legos que pertenecian á la regla de la orden tercera; pero esta suposicion se ha reconocido ser completamente errónea. En cambio, no puede negarse la conexion entre los anabaptistas y ciertas herejías que dominaron anteriormente en Alemania, sobre todo las de los husitas y valdenses, siendo además evidente su estrecha afinidad con el misticismo. Por muy diferentes que fueran los frutos que produjo la mística en siglos pasados, frutos de tan variados y en apariencia contradictorios efectos, todavía el radicalismo reformista produjo á su vez desde la especulacion arguciosa y desde el sacrificio de la vida hasta el fanatismo mas indomable, y desde la renuncia monástica á la vida material hasta las creaciones mas fantásticas de la vida social. Esto no puede sorprendernos desde que Enrique de Eicken ha demostrado la conexion inseparable de la negacion del mundo y de la ambicion de dominarlo como dos exigencias de la fe cristiana, que mutuamente se explican y dependen una de la otra durante los siglos de la hegemonía eclesiástica; porque si bien aparecen ciertas tendencias racionalistas y particularmente doctrinas anti-trinitarias, su carácter fundamental no deja de ser enteramente propio de la Edad media y su ideal de vida parece tan idéntico al carácter monástico condenado por Lutero, que entre los anabaptistas se tendia como en los conventos á un ascetismo perfecto, es decir, á una vida evangélica en la acepcion mas rígida de la palabra. Este mismo ideal encontramos al examinar el espíritu de los valdenses y de los hermanos de Bohemia, y hasta respira en ciertos pasajes de Erasmo, siendo imposible negar su origen cristiano primitivo. Se explica que tratara este espíritu de conquistar el mundo bajo su nueva forma, por la existencia de aquellos elementos místicos y heréticos y en parte por el origen y curso

de la reforma religiosa. Despues que Lutero hubo declarado la guerra á la Iglesia corrompida y materializada y sostenido que la Biblia era propiedad de todos los cristianos, era natural que en la lucha contra la desmoralizacion clerical conmoviesen á gran número de corazones cristianos las palabras del sermón del Monte y el ejemplo de la comunidad cristiana mas antigua, con tanta y aun mayor fuerza que las epístolas de San Pablo. La declaracion de bienaventurados los pobres y perseguidos por la causa de la justicia, de los puros y de los pacíficos, cobró mayor importancia cuando se vió á muchos de los llamados evangélicos rechazar todas las obras materiales de devocion y de piedad, fiándose solamente de su fe verdadera. Con razon se quejaron Lutero y sus compañeros unánimemente de la decadencia espantosa del cristianismo práctico, del creciente desenfreno de costumbres y de la codicia de sus adeptos, y por eso exclamaba el gran reformador: «Cuanto mas se predica el Evangelio, tanto mas se hunde la gente en la avaricia, en el lujo y en la ostentacion.» La verdad es que la gran revolucion eclesiástica, á pesar de la indignacion de los teólogos y moralistas de la Reforma, tuvo su aspecto económico y práctico y no puede sorprender á nadie que la costumbre de dar á la Iglesia oro y bienes para asegurar la salvacion del alma experimentara una fuerte reaccion. Cuando la reforma alemana empezó á buscar el contacto de las autoridades y abandonó sus principios democráticos á favor de una nueva organizacion en el sentido de Iglesia del Estado, pareció inevitablemente tan anti-cristiana como el mismo papado hasta á aquellas almas que no podian comprender el verdadero cristianismo sin las obras correspondientes de perfeccion moral. Muchos místicos dijeron que la doctrina que tales frutos daba debia ser positivamente errónea; y á consecuencia de esto, á la fe del Evangelio de la justificacion substituyó, como dice Zur Linden, la del Evangelio de la imitacion de Cristo.

Ya hemos expuesto los primeros extravíos del radicalismo reformista en Alemania y sus manifestaciones revolucionarias y husitas en Zwickau, Alstedt y Muhlhausen; mas estos comienzos se mezclaron con la gran corriente de la revolucion social que conmovió la Alemania del Sur y del centro, y que si bien tuvo su fondo místico apocalíptico, no dejó de tener por tendencias principales deseos enteramente mundanos. Entonces la multitud de los campesinos tenia fijada su esperanza todavía en Lutero; tanto que la turba de Bildhausen expulsó á un enviado de Munzer, cuyas palabras altisonantes fueron contestadas por el predicador de la turba; pero en cambio fueron mas trascendentales los efectos que obtuvieron en cortísimo tiempo Munzer, Karlstadt y otros entusiastas en muchas ciudades de la Alemania meridional. Augsburgo, Estrasburgo y en algo menor escala Nuremberg se hicieron centros de sectas, en las cuales se distinguian ya los diferentes elementos del espíritu anabaptista desarrollado, porque al lado del rigor bíblico meticuloso de Karlstadt apareció la firmísima fe en la inspiracion divina del individuo, en la inspiracion superior á toda escritura, en la tendencia mística á vivir separado del mundo, en los ensueños del milenio, con todas las ilusiones de efusion de sangre y del júbilo triunfante.

Se puede considerar á Munzer, hasta cierto punto, como la figura dominante de este primer tiempo de la religion anabaptista, pero mas notable que él fué el bávaro Juan Denck, á quien los contemporáneos llamaron el abad y otros el Papa de los anabaptistas. Este personaje erudito se hallaba imbuido en el espíritu de los escritos de los místicos alemanes, y con el atrevimiento de los idealistas mas ilusos habia pasado á las últimas consecuencias, hasta la negacion de la divinidad de Cristo y hasta la declaracion de la inocencia y

pureza de los anabaptistas. Denck y los que como él pensaban proclamaban el libre albedrío del hombre y su aptitud para elevarse hasta Dios, lo mismo que los neo-platónicos del renacimiento italiano, muy al revés de la doctrina de la predestinacion de Lutero y de Zwinglio. El fogoso Hubmair escribia: «Seria un Dios muy falso aquel que dijera con la boca: venid, y pensara en su interior: quedaos en vuestro puesto. Es una blasfemia enseñar que Dios nos ha mandado cosas imposibles.» Se comprende que la fe en la iluminacion interior del hombre y la idea de negar el pecado debia conducir irremisiblemente á negar la condenacion eterna. Ya hemos visto que la doctrina terrible de Lutero de la eleccion de la merced divina concuerda con un antiguo determinismo popular; pero al propio tiempo se daba el consuelo, muy arraigado, de que la misericordia de Dios concederia al final la bienaventuranza eterna á todas sus criaturas sin excluir al diablo. Como entre los radicales reformistas se mezclaron elementos místicos y racionales, se figuraron Denck, Hetzer, Kautz, Hubmair, Bunderlin y otros á Cristo, no como un ídolo á quien se adoraba, sino como ejemplo y maestro, lo cual acababa tácitamente y luego expresamente con la Trinidad, respecto de la cual se expresó Hetzer en los siguientes términos: «Yo soy el Dios único, creador de todas las cosas sin auxilio de nadie; y si preguntas por mis compañeros, te digo que no somos tres sino que soy yo solo.»

Desde el principio del año 1525 tuvo esta gente una señal exterior comun que empezó á ser adoptada entre los radicales suizos, á saber: el segundo bautizo, que se introdujo para separar, segun dijeron, de todas las demás iglesias, y por lo pronto de la Iglesia de Zwinglio, á todos los siervos y obedientes á la voluntad de Dios, y para reunirlos en la tan soñada comunidad de santos.

Entre los jefes de estos fanáticos habia varones teólogos y humanistas como el ya citado Hetzer de Turgovia, Conrado Grebel y Félix Manz, ambos de Zurich, alrededor de los cuales se agruparon los artesanos inteligentes en la Sagrada Escritura y gente cavilosa, que en todas partes fueron el verdadero núcleo de la propaganda anabaptista. Desde este núcleo se extendió la propaganda á los campesinos, solicitados por todos los amigos del pueblo de aquella época agitada, lo que dió lugar, segun dice Cornelius, á que se mezclaran entre sí dos elementos espirituales: el sentimiento religioso de los pequeños é iletrados, que armados de la Biblia se apartaron del mundo, y el impulso del radicalismo teológico, que queria suprimir las leyes, doctrinas y mandamientos de la Iglesia. Se cita como intérprete entre los dos elementos á un tal Jorge, llamado por sobrenombre «Gaban azul», que fué el primero que pidió y recibió el bautizo de Grebel. Denck dice en su libro de la ley: «Nadie mire á los grandes de este mundo en el arte, poder ó riqueza; aquel cuyo corazon tienda al cielo, mire que están mas abajo que los despreciados y pequeños de este mundo.» Causó profunda impresion ver á un hombre distinguido y de gran talento como Grebel sacrificar su posicion social para vivir proscrito y predicar en secreto donde pudo á la gente pobre é ignorante. Las burlas de que fueron objeto aquellos apóstoles ambulantes no pudieron ocultar el hecho, tan desagradable para los reformadores protestantes, de que la mayoría de los anabaptistas se distinguian muy ventajosamente por su conducta humilde y pacífica, su moralidad rígida y la sencillez de su vida, exenta de los excesos materiales y salvajes de muchos que se llamaban evangélicos.

Muchos jefes de los anabaptistas del Mediodía de Alemania, en primer lugar Denck, trataron de suprimir la tendencia, representada por Storch y Munzer, á la revolucion y de debilitar en lo posible las ideas milenarias tan peligrosas; pero

aun así había en el solo nombre de los «hermanos» y de todo lo que condenaban bajo el nombre de mundo un ataque temible á la Iglesia, al Estado y á la sociedad existentes y además un peligro para la misma Iglesia nueva, porque á la fundación de semejante Iglesia tendían la continua propaganda y la rápida extensión de comunidades que con su adopción de ciertos deberes públicos é individuales y su fraternidad entusiasta recordaban los primeros tiempos del cristianismo. «Bastaban á veces, dice Cornelius, algunas pocas horas para fundar una comunidad.» La aparición fugaz y misteriosa de los predicadores anabaptistas, usando traje sencillísimo y hablando desde lo íntimo de su corazón, produjo un efecto mágico, tanto más fuerte cuanto que su misión les llevaba á la muerte y al martirio, y cuanto que su alimento, que consistía en una comida frugal tomada en común, resultó cada vez más una preparación de la imitación de la pasión y muerte de Cristo. Estas comunidades, que vivían en el constante temor de morir por su fe, extirparon inexorablemente todos los elementos impuros, dominadas por el deseo de que solo entraran en su Iglesia aquellos que se sabía que estaban sin pecado. Así se presentaron los anabaptistas huraños y apartados del resto del mundo. Entonces todavía no usaban armas, ni negaban el poder de las autoridades, ante las cuales se inclinaban sin resistencia; y si algo les negaban era su derecho á mezclarse en cuestiones religiosas, como también lo habían negado Lutero y los suyos. Pero esta resistencia pasiva engendró entre los anabaptistas, como entre los cristianos primitivos, esperanzas en el porvenir, en el triunfo de la buena causa, esperanzas que tomaron necesariamente la forma milenaria. Era imposible que á la larga no aceptaran la antigua idea revolucionaria, cuando su protesta contra el mundo fué contestada por los demás hombres con una persecución inhumana.

Cuando Zwinglio, al luchar contra los espiritualistas de Zurich, apeló á la fuerza, este fué solo un efecto de la brutalidad teocrática que le distinguía. Según las investigaciones de Egli, la persecución entre las sectas suizas fué la que llevó la agitación religiosa hasta manifestaciones verdaderamente morbosas, y éstas confirmaron á su vez á las autoridades en su sistema de represión brutal; las manifestaciones socialistas y comunistas eran entonces demasiado débiles todavía para justificar las medidas de rigor del consejo municipal de Zurich, que después de algunas controversias públicas, por supuesto infructuosas, impuso á los segundos bautizos una multa pecuniaria; y al ver la tenacidad de algunos anabaptistas amenazó á los refractarios con dejarles pudrir en el calabozo y ahogar á los reincidentes en el lago, pena que se aplicó á Manz. Bajo esta y otras impresiones análogas se apoderó de los anabaptistas, particularmente en Saint-Gall y Appenzell, una demencia religiosa, porque mientras la doctrina peligrosa de la pureza de todo pecado condujo á extravíos pietistas por el estilo de las exageraciones de las antiguas sectas panteístas, otros desgraciados, en particular mujeres, fueron presa de convulsiones estáticas. Quizá lo más singular fué el culto de la Biblia, llevado hasta la imbecilidad, pues había adultos que se sentaban desnudos como niños en el suelo, jugando con manzanas y piñas ó rompiendo y quemando la Biblia, conforme á la sentencia de la misma Biblia de que la letra mata. En cambio señalaban el pecho, gritando: «¡Aquí! ¡aquí!» para indicar que allí estaba el espíritu que da vida. Causó una impresión profundísima el hecho de uno de estos dementes que cortó la cabeza á su propio hermano, obedeciendo al deseo de éste, en imitación horrorosa de la muerte de Cristo y á fin de que se hiciera la voluntad del «Padre.» Estos excesos desaparecieron pronto de Suiza, pero dieron motivo á que las autoridades, los teó-

logos y los jurisconsultos, tanto los reformistas como los católicos, declarasen á los anabaptistas poseídos del demonio, seductores del pueblo y merecedores de ser exterminados. Entonces empezó en 1527, en todo el Mediodía y en el centro de Alemania, una persecución, en la cual la ferocidad humana empleó toda su inventiva, y á pesar de esto quedó vencida ante el heroísmo de sus víctimas. El duque Guillermo de Baviera publicó respecto de los infelices anabaptistas la simple orden mandando que el que abjurase de su creencia sería decapitado, y el que no, sería quemado vivo. Un decreto imperial de enero de 1528 fué seguido de la resolución del parlamento del año siguiente, mandando que todos los anabaptistas adultos fuesen sentenciados á muerte por el juez eclesiástico, y antes la liga de Suabia había enviado columnas volantes para matar á los anabaptistas sin formación de causa. En vano el landgrave Felipe se resistió á mandar matar á nadie por la fe, siendo en esto el único soberano entonces que seguía ideas tan humanitarias; porque mientras se imponía en el Hesse á los adeptos de sectas religiosas el calabozo, en la Sajonia electoral con el expreso asentimiento de Lutero se les condenaba á la decapitación, calificando el reformador de tenacidad diabólica el desprecio de la muerte de aquellos pobres fanáticos. Parecióle á Lutero un indicio del carácter diabólico de los anabaptistas el que predicaran en secreto y no como los reformistas en público. Los predicadores de Estrasburgo rechazaron durante bastante tiempo semejante idea estúpida, lo cual es seguramente un timbre de honor para aquellos teólogos de la época, y hasta Butzer convino en que había entre los anabaptistas gente apreciable. Capiton, cuya tendencia mística llegaba hasta «la iluminación interior» y hasta las fantasías del milenio, fué el reformista cuyas doctrinas se aproximaron más á las de los anabaptistas; pero también dió su asentimiento cuando bajo la jefatura de Butzer los predicadores y el consejo municipal de Estrasburgo acabaron con el exuberante movimiento de las sectas, y en las declaraciones en que se empleó hasta el tormento sintió este jefe protestante «una alegría feroz.» En los territorios alpinos y en los demás del rey Fernando fué quizás más feroz la persecución de los pobres hermanos anabaptistas, porque á los pocos años se calculó el número de los ejecutados en Einsisheim en 600, y en el Tirol y Gorz en un millar. En la Moravia, donde Baltasar Hubmair había concentrado el movimiento anabaptista en Nikolsburg, se defendieron los perseguidos aun después de la ejecución de su jefe (1528); y durante mucho tiempo los grandes señores territoriales se opusieron al exterminio de los anabaptistas, extraordinariamente laboriosos y pacíficos. Solo después de la primera guerra de Smalcalda pudo organizar el rey Fernando en grande escala el exterminio de aquellos infelices. Es realmente conmovedor ver la paciencia y la piedad que aquellos «hijos de Dios,» cazados como fieras, expresan en sus escritos y cánticos; y en una oración de uno de ellos, Juan Schlaffer, que después de ser sometido al tormento fué decapitado en Schwaz, se dice: «También te rogamos por todos nuestros enemigos y te pedimos que les perdones, porque no saben lo que hacen.» Para ellos la muerte de sus mártires era bautizo de sangre y holocausto ofrecidos á Dios; niños de ambos sexos arrojaron valerosos todos los horrores de los calabozos y del patíbulo; y más de un espectador debió quedar conmovido cuando de tres hermanas condenadas á ser ahogadas en el río Mur, en Bruck, la más joven miraba el agua riendo en lugar de asustarse. Semejante valor y tan profunda fe excitaron á los perseguidores á todos los extremos ya en la cárcel, en la cual los medios empleados eran tan feroces que habrían debido doblar las voluntades más inquebrantables. A un anabaptista encerrado en Austria le

fueron metidas las piernas tan fuertemente entre dos maderos que se pudrieron y las ratas se llevaron los dedos de sus pies á la vista de la víctima. Las descripciones horribles de estos tormentos aplicados á los anabaptistas, conforme las refieren las crónicas y las poesías de las mismas víctimas, no hicieron más que elevar la fe de los demás hermanos; su historia heroica era una serie de triunfos, y no faltó el contagio que produce el martirio por las grandes ideas.

Las imágenes é ideas apocalípticas acostumbradas se apoderaron de los ánimos en aquella época de persecución con una fuerza enteramente nueva, demostrando así que no habían muerto desde los días de Munzer; y la invasión temida de Soliman había resucitado también la antigua idea de que el turco estaba destinado á reformar la cristiandad corrompida y á castigar á todos los impíos, en particular á las autoridades. A esta esperanza se agregó la idea de que los hijos de Dios (los anabaptistas) saldrían vencedores del trastorno general y de que ellos mismos serían los encargados de ejecutar el juicio divino. Estas ideas revolucionarias encontraron eco entre los anabaptistas, domados solo exteriormente, y en la Franconia y Suabia se movieron sin hacer caso de la prohibición de llevar armas y de defenderse personalmente. Mucho antes de establecerse en Munster el llamado reino de Dios, un anabaptista, fanático como todos, el peletero Agustín Bader, que en 1530 fué ejecutado en Stuttgart, se mandó hacer una corona, insignias y ropajes reales para cuando fuera rey del nuevo Israel; y Juan Hut, que mostró por su traje gris haber sido partidario fanático de Munzer, continuó sus sermones milenarios á pesar de sus relaciones con Denck y otros anabaptistas moderados, diciendo: «Los santos estarán gozosos y tendrán en sus manos espadas de doble filo para que practiquen la venganza en los países.» Cornelius dice muy acertadamente que á pesar de todas estas profecías la secta anabaptista se habría ido extinguiendo rápidamente si no hubiese recibido el refuerzo de los elementos democráticos frescos de la Alemania del Noroeste. En la Alemania meridional había llegado tarde el movimiento anabaptista, después de sofocada la revolución campesina; mas á pesar de esto salió de allí la propaganda poderosísima que al poco tiempo en los Países-Bajos y en Westfalia llevó el fanatismo anabaptista á un grado de demencia nunca visto.

Melchor Hofmann, peletero de Schwabisch-Hall, era probablemente el artesano de más talento entre los inteligentes en la Biblia á quienes la reforma religiosa había transformado en predicadores y profetas. Había figurado al principio en Livonia como apóstol entusiasta del Evangelio de Lutero, pero poco á poco se convenció de que las profecías de Daniel y del Apocalipsis contenían la doctrina verdadera, y en su consecuencia se mostró contrario á Lutero y á sus partidarios. Por este motivo no pudo establecerse en Estocolmo ni quedarse tampoco en Kiel, donde el rey Federico I le había dado una plaza de predicador, pero donde había hecho la guerra á la doctrina eucarística de Lutero. Desde entonces este varón apasionado y fantástico se hundió cada vez más en las cavilaciones sobre el día del juicio final, cuya llegada deseaba con gran impaciencia y se esforzaba en fijarla por medio de cálculos, condenando al mismo tiempo á todos sus contrarios á las penas del infierno. En cambio y á pesar de muchas divergencias se asoció estrechamente con los anabaptistas; y en Estrasburgo, donde se presentó por primera vez en 1529 y donde fué encerrado en la cárcel según su propio deseo (1533), se vió pronto rodeado de adeptos entusiastas; mujeres proféticas se comunicaban con él en sus visiones, y una de ellas le vió en su éxtasis hasta en forma de un cisne blanco que cantaba y otra vez en forma de calavera que reía. Según un tal Jost, á quien Hofmann equiparó con los profe-

tas Isaías y Jeremías, la ciudad de Estrasburgo estaba destinada á ser la nueva Jerusalén «en espíritu,» y de sus muros, que se extenderían á todas las partes del mundo, partirían las 144,000 vírgenes mensajeras y apostólicas. Así se explica el oficio de la claridad que Hofmann, muy engreído, opone al oficio orgulloso de la letra; y según él podían considerarse «escogidos» aquellos que con entera tranquilidad pudieran subir los cuarenta escalones de la claridad.

Esta agitación difícilmente habría dejado en Estrasburgo huellas más profundas que las que dejaron tantas otras sectas antiguas y modernas que nacieron y se extinguieron, si Hofmann, que en vano esperó durante muchos años en la torre que le sirvió de cárcel hasta su muerte, la llegada del día del juicio, no hubiese en su juventud predicado en el Norte de Alemania y continuado después influyendo sobre los habitantes del Noroeste con sus escritos; á lo cual se debe por una serie de circunstancias imprevistas que su «reino de Dios» no se realizara en Estrasburgo ni en Holanda sino en Munster. Durante algún tiempo los Países-Bajos parecieron el país escogido de los «hijos y elegidos de Dios,» si bien los gobiernos persiguieron allí con energía inexorable la herejía de Lutero; Carlos de Gueldres y el obispo de Utrecht no persiguieron con menos celo que Carlos V á los herejes, pues el último ordenó ya en otoño de 1520 la quema de los escritos de Lutero, y en 1522 dió poderes amplios á un inquisidor laico, que fué luego reemplazado por tres eclesiásticos, para proceder contra los herejes por todos los medios, incluso la omisión de las formas de derecho acostumbradas. En aquel país, en Bruselas (1523), en Utrecht y en el Haya (1525) ardieron las primeras hogueras para sacrificar á luteranos. Ya hemos hablado de los frailes agustinos de los Países-Bajos como adalides y mártires de la Reforma; allí como en Alemania encontró la nueva doctrina el terreno más favorable en las clases superiores de las ciudades, tanto que en Amsterdam se solía decir que el que quisiera estar bien con la autoridad había de vivir como partidario de Lutero; y hasta en la mesa imperial se atrevió á decir uno de los personajes más distinguidos, el señor de Ravestein, que al cabo de cuatro siglos se había presentado un cristiano y á éste le quería exterminar el Papa. Allí, sin embargo, estaba Carlos V en sus dominios hereditarios y pudo ejecutar su voluntad con más energía que en el imperio alemán. Después de la muerte de su tía Margarita, ocurrida en diciembre de 1530, enemiga jurada de herejes, advirtió Carlos V á su hermana María, nombrada por él gobernadora de los Países-Bajos, que se abstuviera en adelante de toda manifestación de simpatías luteranas, porque él consideraría á sus padres, hermanos, mujer é hijos como sus mayores enemigos si se dejasen contagiar por tal secta. De esta manera se consiguió dominar exteriormente á los luteranos y á los llamados sacramentistas; solo que este sistema de persecución produjo una nueva secta, que se fué formando con la lectura de la Biblia holandesa y muchos escritos reformistas hechos en el país ó traducidos del extranjero, lectura que penetró secretamente en las capas más bajas, las cuales fortificadas por el ejemplo de los mártires, no quedaron satisfechas con la doctrina de los luteranos ni con la de Zwinglio. Entre esta gente baja y pobre, que falta de maestros y guías eclesiásticos estudiaba á su manera la Sagrada Escritura, formóse todo un mundo de historias bíblicas, de imágenes y profecías, y se escucharon con afán los sermones entusiastas de los anabaptistas, que á pesar de los mayores peligros y muy ocultamente recorrían aquellas comarcas.

Desde el bajo Rhin trabajaron en este sentido el llamado Westerborg, de Colonia, y otros radicales reformistas; pero dieron el golpe decisivo para la fundación definitiva de una

secta el ya citado Melchor Homann y su compañero el holandés Jan Trijpmaker, que poco después se presentó como misionero entusiasta en Amsterdam. Su obra titulada «Prescripción de Dios,» animada en su esencia por la idea de una alianza entre Dios y los discípulos verdaderos de Cristo, fué para los anabaptistas de los Países-Bajos la obra fundamental de su secta. A esta obra contribuyeron los oráculos apocalípticos publicados por Hofmann en Estrasburgo; pero cuando las grandes cosas que Hofmann había anunciado no se cumplieron, alzóse entre los entusiastas discípulos anabaptistas de los Países-Bajos otro jefe que declaró ser, en virtud de su propia inspiración, el segundo Enoc, diciendo que el tiempo de paciencia y aflicción predicado por Hofmann había concluido. Este jefe, llamado Juan Matthys, panadero de Haarlem y hombre de grande energía, con la impresión que produjeron su persona y sus amenazas de la maldición divina sometió á los anabaptistas holandeses. Envió sus apóstoles para bautizar y para llamar á las armas á los bautizados, porque decía que se había concluido el tiempo de la aflicción y de las angustias de los santos, que era inminente la venganza anunciada por Hofmann, el bautizo de sangre de los perseguidores, y que la espada que los impíos habían teñido en la sangre del pueblo de Dios, iba á ser dirigida contra su propio pecho.

No debe sorprender este cambio del sufrir al obrar, del amor al enemigo á su exterminio, después de lo que hemos expuesto, y sabiendo que tales extremos se suelen tocar sobre todo en la historia de las religiones; pero especialmente de la creencia en el milenio fué, dice con mucho acierto Weingarten, de donde salieron los ideales de diferentes épocas y sus tendencias extremas. Los discípulos de este nuevo apóstol eran milenaristas en un sentido muy distinto del de Hofmann y los suyos; porque los anabaptistas holandeses formularon en términos más precisos y más claros su fe en un reino de Dios terrenal bajo el gobierno de Cristo resucitado. No hay que decir que el espiritualismo de los anabaptistas los condujo á las ideas más groseras y materiales, pasando desde la espiritualidad completa y la negación de todos los impulsos terrenales á una horripilante voluptuosidad de escenas sangrientas. La sociedad de la Edad media, de la cual nació el movimiento anabaptista, presencié mas de una vez estallidos de esta clase como resultados de un ascetismo demente, según se vió en la ciudad de Munster, conquistada y dominada por los anabaptistas.

Los mensajeros holandeses podían considerarse con razón como conquistadores victoriosos en Westfalia, pues que en muchos conceptos encontraron allí bien preparado el terreno para su reino de Dios. En el año 1525 habían estallado en Munster y Osnabruck grandes conmociones religiosas, y desde entonces el llamado reino de Dios se había introducido en muchas ciudades de Westfalia. En otras partes la Reforma era arrastrada por una corriente democrática; y no debe olvidarse que justamente desde el año 1529, durante estos movimientos religiosos, pesó sobre todo el país la plaga de una carestía espantosa, llegando en algunas poblaciones el precio del centeno al triple de su valor ordinario, á lo cual se agregó el impuesto para la guerra contra los turcos, que importaba en algunos territorios como el de Cléveris una décima parte de la renta total. En Minden (1529), Herford y Lippstadt contribuyeron al establecimiento de la religión reformada circunstancias políticas y sociales, tanto que en esta última ciudad, después del ingreso de los reformistas en el consejo municipal, se procedió al reparto de los bienes del comun y de la propiedad de algunos vecinos. En Minden fueron elegidos los consejeros municipales de entre los artesanos y pequeños industriales, mientras los jefes del mo-

vimiento, como el predicador Craguis, reunían al pueblo bajo y lo excitaban á un cambio completo de la sociedad. En Soest, donde en 1531 los vecinos armados habían expulsado temporalmente al consejo municipal, el triunfo de la Reforma dió lugar después á una escena espantosa, pues habiendo sido condenado á muerte un tejedor reformista, éste, malherido solamente por el verdugo, le arrancó la espada con el valor desesperado del que defiende su vida. El tejedor murió, pero fué en adelante un mártir para sus correligionarios y después de muerto más que nunca peligroso para los católicos, en cuyas manos estaba el gobierno (1533).

La transformación religiosa más trascendental se efectuó en la ciudad episcopal de Munster, donde el predicador Bernardo Rothmann abrió en 1531 el ataque contra la Iglesia católica; y los vecinos, contestando á la resistencia del obispo, sorprendieron y pusieron presos á sus consejeros y á los principales del país. El convenio que tuvo que aceptar en 1533 aquel obispo transformó la ciudad de Munster en una ciudad reformista, sin que por esto llegara á contenerse el movimiento, porque como había sucedido en otras ciudades de la Alemania del Norte, empezaron á manifestarse simpatías hacia Zwinglio. Rothmann, hombre ambicioso y de carácter frío, queriendo según parece conservar el gobierno en sus manos, empezó á transformar la Iglesia de Munster en sentido zwingliano para pasar después al radicalismo reformista, valiéndose de unos predicadores oscuros expulsados de Julich. Su doctrina pareció extraña é insegura á los luteranos que entonces gobernaban en la ciudad, sobre todo cuando rechazó el bautizo de los niños y se relacionó con los adeptos de Melchor Hofmann, que entonces llegaron á aquella ciudad, se establecieron en ella y fueron causa de que el consejo municipal no pudiera imponer silencio al revolucionario espiritual. A fines de otoño de 1533 llegaron ya á las armas los reformistas, los anabaptistas y el resto de los católicos que habían quedado en la ciudad, pero la colisión definitiva se efectuó en enero siguiente cuando los apóstoles del profeta Matthys llegaron á Munster y entre ellos el hermoso y elocuente Juan Beuckelsen de Leyden.

Pesó entonces sobre la ciudad una calma siniestra como la que precede á las tempestades. Durante el día los escogidos, es decir, los anabaptistas, se contentaron con el trato de costumbre respecto de los que no pertenecían á su secta; pero al acercarse la noche recorrieron las calles gritando: «¡Haced penitencia! ¡Dios os castigará! ¡Enmendaos! ¡Padre, extermina á los impíos!» En 9 de febrero de 1534 se levantaron los anabaptistas en armas; pero los luteranos, que en semejante situación angustiosa negociaron hasta con el obispo, resultaron superiores en fuerza, y habrían podido sofocar el movimiento con un golpe enérgico si no se hubiese llegado á establecer un convenio de completa libertad de cultos, ya por la táctica engañosa de los anabaptistas, ya por la tendencia pacífica y casi traidora del alcalde Tilbeck. Con esto quedó sellada la suerte de los que no eran anabaptistas, y una descripción anabaptista que se ha conservado dice: «Las caras de los cristianos (anabaptistas) volvieron á adquirir buenos colores, y hasta los niños de siete años profetizaban en la plaza; las mujeres daban saltos extraños como si quisieran volar y los impíos decían: Son locos, están llenos de vino dulce.» Este fanatismo siniestro constituía la fuerza de los anabaptistas, y como en todo movimiento religioso, las mujeres fueron las que primero se convirtieron. Solo faltaba la llegada del profeta Matthys para transformar la ciudad de Munster en la nueva Jerusalén de los ilusos anabaptistas. En la mañana del 27 de febrero vocearon sus turbas armadas: «Salid, impíos, Dios quiere despertar y castigaros.» Reinaba entonces una tempestad de nieve y en la plaza estaban

los predicadores, teniendo delante de sí cubas de agua para verificar los bautizos. Los que no se dejaron bautizar fueron expulsados sin misericordia de la ciudad en medio de la borrasca de nieve, y mientras tanto el alcalde y muchos otros anabaptistas miraban al cielo gritando: «¡Oh Padre! ¡oh Padre! da.»

Lo que sigue podría pasar por una serie de actos de demencia si no exigiesen un juicio más prudente, primero, la afinidad innegable del espíritu anabaptista que reinaba en Munster con la tendencia religiosa dominante, y luego el fondo social de la pasión religiosa; pues ya conocemos suficientemente el poder inmenso que desde mucho tiempo antes habían adquirido las ideas apocalípticas y milenaristas; la exageración profundamente arraigada de estados extáticos y visionarios, que sin excepción fueron atribuidos á influencias divinas ó satánicas, y la tendencia de ver milagros en todos los fenómenos extraordinarios en la bóveda celeste y en la tierra. Solo recientemente ha sido estudiada por Hartfelder la superstición multiforme de Melancton, es decir, de un hombre que estaba á la mayor altura de inteligencia é instrucción de su tiempo y que no tenía nada de místico. De Lutero ya se sabe que estaba convencidísimo del próximo fin del mundo, que esperaba verlo; que según él, debía efectuarse en 1534 y luego en 1540, y que en una carta que entonces escribió á su esposa, exclamaba: «Ven, querido día del juicio final.» Verdad es que también le repugnó el abuso de semejantes ideas de pasión religiosa cuando su antiguo partidario Styfel anunció á sus feligreses de Lochau la vuelta del Salvador para el domingo 19 de octubre de 1533 á las ocho de la mañana; á consecuencia de lo cual se preparó su atemorizada comunidad comulgando y escuchando su sermón, y muchos al oír las chirimías de los pastores que llevaban sus rebaños á pacer, creyeron que eran las trompetas del juicio. A solicitud de Lutero fué destituido el predicador fantástico, que al perder su colocación no tardó en volver en sí. En el fondo, la oposición á las tendencias de los anabaptistas fué únicamente lo que hizo rechazar á los luteranos y reformados la creencia milenaria, genuinamente cristiana, calificándola de creencia errónea judaica; porque la figura del Hijo del Hombre, que debe llegar en las nubes del cielo con gran poder y magnificencia, imagen poderosa de la profecía reformista, estaba tan viva en la mente de Lutero que solo á esta idea y á la firme convicción de la proximidad del fin del mundo puede atribuirse su indiferencia chocante respecto de las cosas de este mundo.

Con estas ideas de los antiguos cristianos y con el idealismo ascético de la Edad media se halla estrechamente enlazada la forma comunista del reino de Dios que los anabaptistas formaron en Munster. Desde mil quinientos años antes había tomado en la mente de la humanidad cristiana forma sólida definitiva é importancia histórica la ilusión anhelante de la humanidad de una edad de oro, de inocencia, de primavera eterna y de un paraíso perdido que había de volverse á encontrar. Creían los hombres, como Eicken expone acertadamente, que volviendo la humanidad al estado primitivo de nuestros primeros padres antes de su pecado, se realizaría el ideal que había de servir de norma para todas las situaciones de la sociedad humana; pero si la humanidad cristiana quería volver al estado primitivo é inocente, debía anular primero todas las instituciones que eran consecuencias del primer pecado, como por ejemplo los gobiernos, el matrimonio, las clases y estados sociales, el trabajo y la propiedad, todo lo cual debía suprimirse con el pecado para los que querían ser verdaderos discípulos de Cristo. La institución monástica quiso aproximarse á este estado puro, dentro del recinto de sus establecimientos; pero la mística radi-

cal, trabajada por fantasmas milenaristas, emprendió de veras la tarea de conducir de nuevo á la humanidad á la felicidad de la inocencia primitiva, siempre que no se hiciera digna del exterminio por su obstinación incorregible.

En épocas de fermentación social semejantes ideas no solamente acaloran las cabezas sino que también ponen en movimiento los puños, conforme había sucedido al principio de la revolución husita, cuando los taboritas declararon la propiedad pecado mortal, proclamando la absoluta igualdad de todos los escogidos, condenando todo refinamiento de la vida y habiéndose adelantado una minoría ínfima hasta la última consecuencia del comunismo, la de ser las mujeres comunes á todos. Así también en Munster la colectividad anabaptista, libre ya de todos los elementos extraños, se transformó en una gran familia guerrera; pues la misión de efectuar la venganza divina en los contrarios y la necesidad urgente de estar apercebidos á la defensa, excitaban á los creyentes á organizarse militarmente. En el espacio de dos meses los habitantes, amenazando de muerte á los contraventores, entregaron al consejo municipal y á los profetas primero todo su dinero y después todo lo demás que poseían, diciéndoles Rothmann: «Todo esto es mío como tuyo y tuyo como mío.» La administración de los viveres fué llevada como en los campamentos ó en los establecimientos religiosos; las comidas se hacían en comun, y luego se sustituyó la organización municipal por un gobierno formado por doce ancianos, que en sus sesiones tenían cada uno una Biblia delante. Sin embargo, en realidad estaba el gobierno supremo en manos del profeta Matthys, y capitaneado por él aterrorizó á la chusma que había acudido de los Países-Bajos y á los «hermanos» de la población, los cuales se guardaron muy bien de manifestarse disgustados desde el momento en que Matthys á la vista del pueblo reunido mató á un herrero descontento.

Nadie podía negar lo que le pedía un hermano si no lo necesitaba para sí; las casas debían estar abiertas de día como de noche, porque cerrarlas habría sido contrario al principio comunista. No se estableció á la verdad el principio que hacía á las mujeres propiedad comun de los hombres, pero una orden del profeta que prevenía que no hubiera ninguna mujer sin hombre, produjo el establecimiento de la poligamia, que se acercó mucho á hacer de las mujeres una propiedad comun. Contra esta abominación protestó el buen sentido de los anabaptistas de la ciudad, que se sublevaron, pero fueron reducidos á la obediencia sangrientamente, y continuó la repartición de la población femenil, mucho más numerosa que la masculina, entre la minoría de los «señores;» y mas de una de aquellas desgraciadas hubo de pagar su resistencia con la vida. Uno de los anabaptistas de Munster, Enrique Gresbeck, escribió después lo que había visto bajo el reinado de aquella chusma forastera y malvada, haciéndoles con todo la justicia de que estaban animados de verdadero fanatismo religioso sin hipocresía y dice: «Todos los anabaptistas tenían caras pálidas, amarillentas y expresión extraviada, por manera que se podía conocer por la cara á los anabaptistas verdaderos.» Así también lo prueba la muerte del profeta Matthys, que fué acuchillado con algunos pocos compañeros suyos por los soldados mercenarios enemigos en una salida temeraria que hicieron por inspiración del Espíritu Santo, según decían. También lo prueba el fracasado propósito de asesinato del obispo, concebido por una jóven y bella holandesa. Estas son pruebas palpables de la decisión terrible que distingue al fanatismo religioso y político de todos los tiempos, y esta disposición de espíritu distinguió también al famoso Juan de Leyden, sucesor del profeta, bien que iba indudablemente unida á una fuerte dosis de cálculo y de motivos